

Gestión del riesgo y la necesidad de un nuevo enfoque

LUIS NELSON ARROYO

La diversidad topográfica que Costa Rica posee se debe –como ha sucedido a lo largo y ancho del planeta– a toda una conjunción de factores físicos que han modelado la superficie terrestre. Estos –llámense agua, actividad volcánica o tectonismo– ejercen efectos que han dejado huella de su acción particular en los relieves del país. Cada territorio es así el resultado de estas dinámicas, en donde continuamente se experimentan modificaciones porque estas tierras no son formaciones estáticas ni inmutables, muy por el contrario, representan áreas donde día a día su permanencia como masas emergidas las expone a factores climáticos y mecánicos con amplios y profundos efectos. Los cambios que sufren los relieves comúnmente no son del todo perceptibles ya que dependen, entre otros factores, de la escala del análisis a que estos se sometan, así como del tiempo y de la percepción que los pobladores construyan acerca de los contextos físicos donde habitan. Las sociedades humanas, en mayor o menor grado, se hallan inmersas en estas realidades físicas por lo que su convivencia marca un vínculo indisoluble entre territorios y paisajes sobre los cuales organizan su vida y actividades. Esta profunda relación entre el hombre y la naturaleza ha hecho que la interacción obligada con el medio cree riesgo. El análisis de esta variable acompaña a la humanidad a través de la historia porque inobjetablemente su significado se asocia a una decisión, a algo que debe hacerse, por lo que la escogencia toca las raíces de la sociedad, el conocimiento, los valores, las emociones e incluso la propia existencia. La noción de riesgo más completa y desde el punto de vista de Cardona (2011), toma en cuenta tres aspectos simultáneos y separados: la eventualidad, las consecuencias y el contexto. Por ello, en los últimos años, para efectos de gestión desde un punto de vista multidisciplinario el riesgo se trata de abordar, por ejemplo, no solo desde el daño físico esperado, las víctimas o las pérdidas económicas, sino también a partir de los factores sociales, de organizaciones e institucionales relacionados con el desarrollo de las comunidades (Cardona, 2011). Sin embargo, la falta de

efectividad de la gestión del riesgo, ejemplificado en la recurrencia de efectos en áreas de pleno conocidas como generadoras de consecuencias indeseables por la activación de peligros naturales conocidos, nos muestra que el incremento y la acumulación de la vulnerabilidad son alarmantes, así como lo son la falta de conciencia y responsabilidad sobre el tema por parte de los tomadores de decisiones, las autoridades políticas y la mismas comunidades. En el contexto nacional, esta gran debilidad se percibe a lo largo de los años, cuando sectores ya identificados sufren una y otra vez las consecuencias por impactos ya recibidos en el pasado. Hasta hace unos pocos años, estos embates se reducían a regiones y sectores con condicionantes físicos en territorios que deben su origen a las mismas variables naturales que ahora se señalan como originadoras de calamidades. De forma paulatina pero rampante, los efectos van en ascenso sobre territorios donde la mención por efectos de peligros naturales –entiéndase por ejemplo inundaciones y deslizamientos– estaban ausentes de la memoria popular o al menos muy distantes, y con probabilidad de reminiscencias no necesariamente locales. Así, es notoria la mención creciente de cantones en Costa Rica donde, incluso, la realidad territorial sobre la que viven no los ha hecho partícipes de condicionantes físicos que permitan hablar de un determinismo geográfico, lo cual mostraría un profundo arraigo entre la conformación del medio natural y el agente que lo origina y modifica. Muy por el contrario, una planicie aluvial como la que caracteriza la sección de la cuenca baja del río Parrita en el Pacífico central, debe su origen a la misma dinámica erosiva y depositaria que el río principal ejecuta y que define, a su vez, transformaciones por inundaciones inherentes a su paso. Otro caso podría ser el del cantón Los Chiles en el norte del país. Aquí las altitudes no superan los 130 metros y, en las vecindades de la frontera con Nicaragua, las altitudes no parecen sobrepasar los 55 metros. Posee una topografía plana, con un ligero declive hacia el norte no mayor de 1°, y con leves ondulaciones vecinas a los ríos del área (Arroyo, 2011). Los diversos aportes sedimentarios han conformado tierras con leves desniveles que a su vez han

El autor, geomorfólogo, es profesor e investigador en la Universidad Nacional.

favorecido la presencia de cuerpos de agua aislados y en algunos casos cercanos a ríos, tales como el Sabogal, Medio Queso y Medio Quesito. Estas lagunas tienen una conformación alargada que obedece a los episodios de desborde de estos ríos, ya sea como cauces abandonados o pasos y depósitos efímeros de aguas en ocasión de desbordamientos. La distinción de divisorias de aguas aquí es muy difícil, ya que la extrema planicie del terreno no permite observar desniveles topográficos con claridad. La dinámica fluvial se ajusta al transcurrir de aguas remansadas donde los valles fluviales se ubican prácticamente a la altitud de las tierras circundantes (Arroyo, 2010). Así, tanto en el caso del río Parrita, que se citaba, como en el cantón de Los Chiles, se deduce que existe proclividad natural a que las inundaciones sean un agente que debe barajarse como preponderante para el sector. Valga citar que en ambos casos, los deslizamientos son prácticamente inexistentes precisamente porque las dinámicas que originan los paisajes naturales denotan la ausencia de variables físicas calificadas que los activan. Mientras tanto, en el otro extremo, como se anotaba anteriormente, existen unidades territoriales dentro del país en las que la mención por daños o efectos colaterales por peligros asociados a inundaciones y deslizamientos no tenía la relevancia que de unos años para acá se les adjudica. Eximiendo de responsabilidad a los eventuales efectos del cambio climático y su incidencia en las alteraciones atmosféricas regionales, se observa como la densidad poblacional por kilómetro cuadrado en cantones de la Depresión Tectónica Central entre los años 1984 y 2000, ha experimentado variaciones dramáticas. Por ejemplo, en Desamparados pasa de 926 a 1 636 habitantes por kilómetro cuadrado, la Unión de 915 habitantes en 1984 a 1 791 en 2000, Alajuelita de 1 483 a 3 321 y Curridabat de 1 003 a 3 817, para citar solo algunos casos (Ulate, 2006). Es entendible que las ciudades principales experimenten crecimiento poblacional porque es parte del avance y del equipamiento que atrae pobladores a las áreas urbanas. Sin embargo, qué tanto de este auge poblacional se canaliza apropiadamente hacia sectores cantonales seguros o, al menos, reglamentados como aptos para ser ocupados, dista quizá de lo que en la realidad ocurre. Al respecto, valga destacar que las referencias poblacionales de los cantones anteriores no son solamente una parte de la tendencia que se observa para el centro del país sino que tales menciones marchan paralelas a los reportes relacionados con comunidades del ámbito rural y urbano de la periferia, que en forma paulatina son noticia por efectos derivados de inundaciones y deslizamientos. Es patente que se les conoce porque han afectado bienes y actividades producto del quehacer social, lo cual asocia la población creciente, la ocupación de medios frágiles y la escasa o nula efectividad en la gestión del riesgo. La desestimación en

que este ha sido conceptualizado parte principalmente de la visión fragmentada y reduccionista, no obstante los avances técnicos que se han efectuado para su valoración. Y agregamos: “La falta de una visión holística del riesgo, es decir, de una valoración integral y multidisciplinar del riesgo que permita desagregarlo en sus componentes de diferente índole, parece haber contribuido en buena parte a la falta de efectividad de su gestión” (Cardona, 2011). Continuamos: “Una concepción holística del riesgo, consistente y coherente, fundamentada en los planteamientos teóricos de la complejidad, que tenga en cuenta no solo variables geofísicas y estructurales, sino también variables económicas, sociales, políticas, culturales o de otro tipo, que podrían facilitar y orientar la toma de decisiones en un área geográfica”. “Un enfoque de este tipo, integral y multidisciplinar podrá tener en cuenta de manera más consistente las relaciones no lineales de los parámetros del contexto que contribuyen al riesgo y a la complejidad y dinámica de los sistemas sociales. Igualmente podría mejorar la efectividad de la gestión, la identificación y priorización de medidas factibles y eficientes para la reducción del riesgo por parte de las autoridades y las comunidades, actores fundamentales para lograr una actividad preventiva ante los fenómenos peligrosos” (Cardona, 2011).

Referencias bibliográficas

- Arroyo, N. (2010). *Costa Rica: Análisis de la incidencia espacial de inundaciones y deslizamientos por provincias y cantones, años 2000 al 2006* (Informe final proyecto de investigación). Escuela de Geografía, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.
- Arroyo, N. (2011). *Levantamiento geomorfológico para planes reguladores de los cantones Upala, Los Chiles y Guatuso*. Escuela de Geografía, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.
- Cardona, O. y Barbat, A. (2011). *Apuntes del curso Teoría del Riesgo y Desastres*. Estados Unidos: Universidad de la Florida.
- Ulate, G. (2006). *Geografía de Costa Rica*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.